

Un prólogo que no fue

Lo que alguna vez antecedió a mi novela *La Intemperie*

(inédito)

Hay imágenes emblemáticas; no lo son en el momento de su primera percepción, sino tiempo después, cuando forman parte de la memoria y reaparecen de manera subrepticia, sin que se las invoque. Algunas vuelven con obstinación, como si quisieran decirnos algo. Pero de ellas no emana un lenguaje articulado, sino lo contrario, sensaciones primarias como el hambre, la sed, el hastío, la nostalgia o la necesidad de amparo. Se convierten en emblema en el preciso instante en que nos damos cuenta de que ya no están, de que la reiteración es un llamado desde la ausencia. Mediante una operación que pertenece al ámbito de nuestros hábitos más privados, son esas las imágenes que van escribiendo la historia. La nuestra, que es también la de todos.

Algunas semanas después de aquel diciembre trágico y festivo del año 2001, cuando la crisis cobró la forma de una algarabía popular y la población a tientas retomaba hábitos sin saber qué iba a quedar del país que se había esfumado, la calle, ese eufemismo del afuera que erróneamente sigue llamándose espacio público, se convirtió en un escenario de realidades contundentes del que todos nos sentimos protagonistas: el reclamo, la protesta, la ira, la indignación nos transformaron en una comunidad que compartía un caudal de consignas disímiles. Detrás de aquel escenario ruidoso y rocambolesco se fueron instalando atisbos de un cambio, como permisos usurpados a la incertidumbre. El clima generalizado era el de una desaforada catarsis. El Estado, hasta entonces en permanente situación de caída libre, se había por fin desmoronado. En su lugar despuntaba un desarticulado entendimiento común, tácito y compartido.

La ciudad se pobló de señales de una comunidad liberada a sus propios instintos de justicia. Una de ellas fue la inundación de oferta de comida casera en lugares no habituales. En plena vereda de la Calle Corrientes, a la altura de los bancos, se instaló una considerable cantidad de puestos mínimos, cuya módica oferta competía con los comederos o bares que suelen no dar abasto a la hora del almuerzo. Empanadas tucumanas, sandwiches de milanesa, pastelitos de verdura o pescado, tortillas de berenjena o zapallitos: todo valía un peso. Comprarlos y consumirlos allí mismo adquiría la dimensión de un gesto simbólico. Durante aquellos meses era lógico pensar que ese peso paliaba, sin mediaciones, la carencia de alguna familia.

Aquellas manifestaciones del arte de improvisar estrategias de supervivencia se fueron borrando con el correr de los meses. No porque disminuyera la necesidad, sino porque la ola de aceptación social que legitimaba su visibilidad se fue retrotrayendo a sus cauces tradicionales. Los reclamos se atomizaron, no por la puntualidad de sus exigencias, sino porque quienes habían generado la hecatombe supieron disfrazarse con el ropaje de sus víctimas y colarse en el coro de reclamos como uno más. Así, reinando para dividir, se allanaron el camino para ocupar los mismos puestos que habían abandonado. La eficiencia del disfraz fue arrolladora: el Estado se rearmó con la rapidez de quien rebobina un castillo de naipes grabado en una vieja cinta de video.

Del breve estado de excepción quedaron algunas huellas, como las de una achira que vuelve a crecer entre las grietas de una capa de cemento que inhábiles albañiles han tendido sobre una mata de césped. En la esquina de Corrientes y 25 de Mayo, un puesto de maní que se había instalado allí a comienzos de 2002 resistió durante varios años en los que no modificó el precio de su oferta: un peso la bolsita de maní con cáscara, un peso la garrapiñada recién tostada. Había varios similares en las inmediaciones; yo los había registrado a todos porque, confieso, el maní, sobre todo el maní con cáscara, me pierde. Mucho más que sus competidores aristocráticos como las almendras o el pistaccio. Las causas de esta irrefrenable adhesión pueden ser infinitas: la compensación de algún oligoelemento que mi metabolismo no produce, la liberación acelerada de endorfinas o una involuntaria reacción sináptica que me retrotrae al negro silbato de los maniseros durante las siestas de invierno de la ciudad de Tucumán.

Durante los escasos cuatro años en los que el puesto de Corrientes y 25 de Mayo no se movió de esa esquina, la adquisición de una bolsita diaria por un peso logró mitigar la incertidumbre de los años que le sucedieron a la crisis. El detalle del peso parece nimio, pero para mí tenía el significado de una grieta en la perversión del mercado; porque a pesar de que la Argentina esté entre los primeros exportadores de maní del mundo, nuestros quioscos persisten en la aburrida tradición del maní con chocolate o el chocolate con maní, dos productos por lo general incomibles porque la humedad les confiere gusto a moho. El maní con cáscara (a mi juicio, el maní en su forma más prístina) no solía ser un producto frecuente en Buenos Aires. La posibilidad de tenerlo tan cerca era, si se quiere, el enlace con una producción artesanal que se atrevía a persistir fuera de los cauces normales de comercialización. Haciendo caso omiso de las calorías adicionales que le agregaba a mi dieta, yo le fui siempre fiel.

Un lunes de julio de 2005 el puesto de maní no estaba en su lugar habitual. No se había mudado; en varias cuadras a la redonda, todas las esquinas estaban igualmente vacías. Pensé que habría alguna razón estacional y me consolé con la esperanza de que reaparecieran en cualquier momento. Cuando a mediados de agosto la esquina

seguía vacía, entendí que algo se había cerrado para siempre. El vendedor de diarios me explicó que los había corrido la policía, lo dijo con ademán misterioso, como si hubiera gato encerrado, venta de drogas, lavado de dinero. No podía imaginar que a aquellos amables puestos se les hubiera aplicado el decreto que prohíbe la venta en las calles. Me pregunté a qué corporación, qué gremios estaría perjudicando la oferta artesanal de maní, qué imagen de la ciudad estaría defendiendo la ordenanza que los había barrido y por qué extraña coincidencia el manisero desaparecía precisamente en la época en que comenzaba a desatarse la inflación, este flagelo argentino que sólo obedece a la puja de intereses y nos remite de cuajo a nuestra consuetudinaria normalidad del sálvese quien pueda. Parecía una conspiración, una constelación económica que se colaba en mis papilas gustativas y en la vida privada de mi secreción de endorfinas. Porque la desaparición del manisero también fue simultánea a un nuevo estallido inmobiliario que, sólo en el barrio de Palermo, significaba echar abajo el sesenta por ciento de cada manzana del barrio para edificar complejos de torres no menores a los treinta pisos. El chirrido de tornos, perforadoras, sierras, martillos y mezcladoras estaba arrasando con la última sustancia edilicia de un Buenos Aires aldeano y contenedor. Se decía que habíamos salido de la crisis, pero el vértigo de la nueva construcción, ampulosa y prepotente, nos sometía a vivir debajo de un alud que se llevaba no sólo el maní con cáscara, sino también el paisaje que le permitía crecer. En su lugar no se construirían espacios para habitar, sino tiendas de status, tugurios de especulación financiera y lucros incesantes que prometían futuros sólo imaginables como una cadena de apocalipsis custodiados. Cuando me convencí de que el manisero se había ido para siempre, entendí que por decreto se había cerrado la última posibilidad de una geografía no exclusiva. Durante su insignificante permanencia, yo había compartido su pertinacia en resistirse a ingresar en una desconocida normalidad donde lo único estable parecía ser la pérdida. Una pérdida que parecía obedecer ya no a una secuencia natural de procesos vitales, sino al arrebató. La pena que sentí es intransferible, no por su dimensión, sino por su carácter.

La imagen de la esquina vacía me pobló durante meses. No podía explicarme que ese hecho casi baladí no solamente reverberara en mi memoria, sino que contaminara con idéntica contumacia todos los estratos de mi percepción. Me parecía estar presa de un proceso de progresiva paranoia: peligrosamente yo veía repetirse los estigmas de la pérdida en todo lo que me rodeaba. Elaboré una tesis que pretendía explicar la parte por el todo: el manisero había desaparecido porque no entraba en el corpus de la determinación absoluta de acontecimientos que obedecen a un plan; carecía de patente o de copyright y, por lo tanto, no tenía una función precisa dentro del aparato de producción. Arribada a esta conclusión, que durante un tiempo logró calmar mi

ansiedad, decidí que iba a escribir un ensayo sobre la pérdida en la era de la globalización. La imagen del manisero sería su punto de partida. Reuní apuntes, cartas y testimonios que había acumulado durante los tiempos de la crisis y comencé a contar escenas de una hipotética historia de amor que había llegado a su fin. Partiendo del viejo paradigma de que lo privado es político, mi intención era que el análisis de aquella historia conjugara una serie de coordenadas que luego se articularían, por sí mismas, en un corpus teórico. No logré llegar ni siquiera a las inmediaciones del género ensayístico, pero la escritura ayudó a que me olvidara del maní. El material cobró una forma del todo ajena a mi voluntad inicial porque, al igual que la realidad que pretendía explicar, finalmente era pura ficción.

Gabriela Massuh